

CIUDADANIA PÚBLICA Y DEMOCRACIA PARTICIPATIVA

Por RAFAEL TEJEDOR BACHILLER

Desde hace ya algunos años, podemos apreciar por parte de los ciudadanos, sobre todo europeos, un desinterés sobre la política. En estados tan importantes como Francia, España o Alemania, la complejidad para entender o participar en el panorama político provocan que el ciudadano sienta que las orientaciones del Estado no corresponden con sus preocupaciones cotidianas. De hecho, hoy en día podemos observar que existe una falta de conexión entre los sistemas democráticos y los ciudadanos, y el espacio entre ambos se hace cada vez mayor. El término democracia proviene de los vocablos griegos *demos* que significa gente y *kratos* que significa autoridad o poder: democracia significa “gobierno del pueblo”. En el origen, el término democracia se define como un sistema en el cual el pueblo puede cambiar sus gobernantes de una manera pacífica y al gobierno se le concede el derecho a gobernar porque así lo quiere el pueblo. Si la democracia fue creada precisamente para y por el pueblo, ¿cuál es el grado de relación actualmente entre el ciudadano y el Estado? ¿Cuál sería la participación e importancia de la ciudadanía en el marco de una democracia?

La instauración de la ciudadanía en Europa fue anunciada y razonada por Alexis de Tocqueville (fines del siglo XVIII). Durante este proceso y hasta llegar a nuestra sociedad moderna la corriente arriba mencionada tuvo que pasar por “descalabros y hasta catástrofes”, pero “existe ciudadanía porque existen las ciudades y es el paso previo a la democracia.”

LA CONDICIÓN
CIUDADANA ES LA QUE
PERMITE HOY A LOS
HUMANOS HACER
VALER SU HUMANIDAD

A su vez, la democracia se compone de un cuerpo político o gobernantes (poder ejecutivo) y de la “ciudadanía sin cargos, aunque con derecho a opinar, protestar o aprobar, asociarse y manifestarse colectivamente”. Los ciudadanos tendríamos que tomar conciencia del hecho de que el gobierno que nos dirige está allí porque nosotros lo hemos elegido y por lo tanto somos en parte responsables de lo que hagan los políticos. También es importante (sobre todo después de haber soportado un régimen de dictadura como en España o Portugal) reconocer y ejercer nuestros derechos de ciudadanos (derecho a la opinión, a la protesta...) así como asumir nuestras responsabilidades.

La condición ciudadana es la que permite hoy a los humanos hacer valer su humanidad, si esta condición se desarrolla en el seno de una democracia, claro, ya que en otros sistemas políticos (totalitarismo, fascismo o dictadura) el pueblo o la ciudadanía no vale absolutamente nada. En efecto, un buen sistema democrático depende de una implicación por parte de los ciudadanos, ya que la democracia fue creada para y por el pueblo, por lo que una democracia sin el pueblo o la

ciudadanía no tendría sentido. Es muy importante aquí el concepto de la fraternidad (ahí queda el grito popular “el pueblo unido jamás será vencido”), ya que la construcción de una democracia nace de los ciudadanos, y depende del grado de entendimiento y sobre todo de unión entre los mismos. Por ello, es importante hacerse con una sociología de la fraternidad. Naturalmente, para que exista y se desarrolle lo fraternal se necesita un factor clave: el altruismo, que nos conduce al bienestar de la sociedad e indirectamente al propio bienestar. Entonces, ¿por qué no se nos enseña a los ciudadanos a ser altruistas? ¿No conseguiríamos así una sociedad más próspera y feliz?

A su vez, para poder estar unidos y fraternizar se necesita una afinidad cultural dentro de una misma sociedad, es decir, la identidad y el reconocimiento por parte de un grupo es dada porque comparten rasgos comunes. Por último, se necesita una ciudadanía preparada para el ejercicio de la reflexión para así conseguir una ciudadanía participativa y “proactiva” durante gran parte de su vida, ya que la responsabilidad cívica es para toda la vida.

Según Salvador Giner, “cabe distinguir tres categorías de ciudadanos según el modo e intensidad de su participación en la *politeya* democrática”, la primera sería para los políticos, quienes ejercen la política como profesión. La segunda categoría sería para los ciudadanos que se “limitan a cumplir con un mínimo de obligaciones” aunque de vez en vez estos se reagrupen para manifestarse “en momentos efímeros de emoción colectiva”, por ejemplo, tras atentados terroristas o casos similares. En este sentido, ¿el colectivo ciudadano no debería agruparse y ser soli-

dario también en otras cuestiones “no emocionales” (por ejemplo, la participación ciudadana en el debate público)? Y por último, el autor define una tercera categoría de ciudadanos que correspondería a los ciudadanos “activos”, quienes cultivan “la virtud suprema de la república, la fraternidad”, ya que aunque no sean profesionales (por lo tanto no reciben ninguna compensación económica) participan activamente en la esfera pública: ¿esto no sería una muestra evidente de altruismo?

Desafortunadamente, los que vivimos en una sociedad de bienestar donde todo ya está hecho olvidamos muy rápido que vivimos tan bien porque antes que nosotros muchos seres humanos tuvieron que dejarse la piel para conseguir una sociedad de bienestar. No respetamos la democracia porque no hemos tenido que luchar por ella. Por eso, quizá, los ciudadanos no le damos la importancia que se merece y no participamos plenamente en su desarrollo. Naturalmente, también los políticos tienen culpa en esto ya que hoy en día la política (en el marco democrático) es para los entendidos o los especialistas. La distancia que se establece entre los ciudadanos y los políticos conlleva efectos como la abstención en las elecciones o el envejecimiento de la fauna política.

En la situación actual de crisis económica (sueldos bajos, inflación...) la gestión de los asuntos públicos se relaciona sobre todo con el binomio capital-trabajo, y aunque este tenga todavía una dimensión importante en el apartado social, no se puede decir que hoy en día sea representativo de la diversidad de inquietudes a las que hacen frente los ciudadanos. Como prueba de ello, la emergencia de numerosas asociaciones que actúan en diferentes ámbitos (como los derechos del hombre, vecinales, el medio ambiente, las nuevas formas de vida, la globalización...) que crean forzosamente nuevas necesidades en un marco esencialmente cultural y que buscan entre otros: la calidad de vida, la autonomía, la identidad individual, el respeto por las diversidades y aspiran a un mundo solidario bajo una perspectiva de desarrollo en el tiempo. Las democracias actuales, cimentadas en el sistema capitalista, no se dan todavía cuenta de que aunque la economía persista como un factor esencial en nuestras sociedades, ya no es la única preocupación



LA GESTIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO SE LIMITA CASI SIEMPRE A CLASIFICAR Y A INSTITUCIONALIZAR

de los ciudadanos. Aunque la calidad de vida siga dependiendo del buen estado del mercado económico, nos vemos hoy enfrentados a otros problemas que deberían también formar parte de nuestro sistema político. La pérdida de referencias culturales o el deterioro del medio ambiente son temas muy cercanos a los ciudadanos que los políticos no se comprometen seriamente a resolver. No obstante, este hecho es comprensible ya que nuestras democracias no disponen hoy en día de las herramientas necesarias o suficientes para abordar estas cuestiones.

Dicho todo esto, a pesar de que nuestras democracias o *politeyas* necesiten un reajuste por parte de los ciudadanos, habría que denotar que en el proceso para conseguir una sociedad más justa e igualitaria es necesaria la participación de los ciudadanos y, sobre todo, que estos conozcan sus responsabilidades. No vale solo ir a votar de vez en vez, sino que hay que aportar e invertir tiempo y esfuerzo para este proyecto.

El deseo por parte de los ciudadanos de un giro político se hace cada vez más presente. Existe por parte de algunos ciudadanos una voluntad para el desarrollo de una democracia más viva, más transparente, más participativa: es decir, una política más cercana para todos. De hecho, si observamos las demandas sociales actuales, podemos apreciar la aparición de

un nuevo concepto sobre la ciudadanía, manifestando así la voluntad para una reformulación democrática a partir de un nuevo planteamiento sobre la estructura y organización del espacio público. Desgraciadamente, y prueba de una insuficiencia por parte de nuestras democracias, la gestión del espacio público se limita en la mayoría de los casos a clasificar y a institucionalizar, olvidando que las prioridades socioculturales tienen que ser tratadas de manera diferente a los temas políticos.

Situar a la esfera cultural en una posición proporcional a la que se sitúa la política no sería aún suficiente para paliar las carencias de nuestras democracias. Sería necesario entonces que esta nueva política de la cultura reafirmase la necesidad del derecho a la participación de cada uno de los ciudadanos en el debate sobre la esfera pública. Naturalmente, el buen resultado de esta nueva política de la cultura dependerá en gran medida de la respuesta de los ciudadanos. Para conseguir un óptimo resultado parece importante revisar de nuevo el concepto de gobierno, que no solo debería asegurar el buen funcionamiento y gestión del estado, sino motivar a los ciudadanos para que ejerzan plenamente sus derechos políticos y participen en el debate público.

En definitiva, la esperanza de vida de las “nuevas democracias” dependerá del grado de involucración de los políticos para fomentar una democracia más cercana (para y con el pueblo), cimentada sobre una política orientada a la cultura, capaz de atender las necesidades y las preocupaciones de los ciudadanos. Una nueva política centrada en el ámbito de la cultura, o una nueva cultura orientada hacia la política, que reagrupe los valores, necesidades y preocupaciones de nuestra sociedad, conseguiría hacer renacer el sentimiento verdadero de la responsabilidad cívica y también conseguiría reducir el espacio que existe actualmente entre los ciudadanos y los dirigentes de estado. Gracias a la reformulación y creación de una democracia más cercana y estableciendo una confianza mutua entre ciudadanos y dirigentes, nuestras democracias serían capaces de enfrentar nuevos desafíos en el plano europeo y mundial. La condición ciudadana en el marco de la democracia es la que permite hoy a los humanos hacer valer su humanidad.